

ciones; quiero decir, aquellos libros que son útiles en todas las edades y llevan en sí admirables pruebas del vigor, grandeza y amplitud de la mente humana. Estos libros propagan las lenguas, doctrinan los pueblos, y andando en las manos de todos, siembran y multiplican en todos tiempos las ideas de lo mejor en la literatura. Pero para que en una nación se conozca, se estime, se fomente y se agradezca la construcción de esta casta de libros, es menester antes derramar cierta especie de instrucción en el pueblo, es menester que sepa siquiera distinguir de colores, es menester que haya en él un número de nociones fundamentales, suficientes para que acierte á discernir lo regular de lo monstruoso, lo natural de lo ridículo, lo gracioso de lo truhan, lo sublime de lo hinchado, lo verosímil de lo desatinadamente portentoso, lo sencillo de lo frío, y á este tenor otras ideas generalísimas, que son como el catecismo del buen gusto, y sin las cuales es absolutamente imposible que el común de un pueblo ó nación acierte nunca á conocer, ni por la superficie, el mérito de las excelentes obras, como le conocía el vulgo de Atenas, acostumbrado á decidir en las competencias de los que hoy nos sirven de maestros en la historia, en la oratoria, en la poesía y en todas las artes. — ¿Qué me dices? le interrumpió uno de los que allí había. ¡España no ha dado en este siglo libro alguno clásico, ni en el púlpito, ni en el foro, ni en la historia, ni en el teatro, ni en los demás géneros de poesía, ni en la filosofía!.... — No os molesteis, le replicó *Arcadio*; no creo se haya pensado aún en España que una nación no puede ser gloriosa ni admirada, ni aún tenida en alguna consideración, sin esta especie de libros, que sirven á todos los hombres, que se leen en todas las edades y que mantienen la gloria de los pueblos cuando éstos no existen ya. Preguntaréisme que de qué nace esto. Os responderé francamente que nace de que el escribir buenas historias, buenos poemas, libros elocuentes, ingeniosos, admirables, no es oficio, no reditúa.

»En algún tiempo las plazas de cronistas daban asilo á los talentos eminentes, y no hay duda mantuvieron estas plazas la afición á las artes de ingenio, y las sustentaron honradamente mientras duraron. Se extinguieron, y se extinguieron con ellas la sucesión de nuestros grandes hombres y la serie de nuestros buenos libros. La historia, especialmente, pereció del todo. Ahí tenéis el ejemplo, en esa que ha dado motivo á mis reflexiones. Cuando en España eran leídos *Herodoto*, *Tucidides*, *Xenofonte*, *Livio*, *Salustio* y *Tácito*, ¿hubiera pasado por historia un farrago enorme de noticias mal digeridas, una mescolanza monstruosa de asuntos inconexos, una eterna obra de investigaciones pesadísimas sobre puntos de ninguna importancia al linaje humano? Dos gruesos tomos se emplean para decir que no se sabe qué se supo en España antes del imperio de Augusto. Jamás se ha visto fertilidad más estéril. Y con todo eso, considerado bien el estado presente de las letras en mi nación, nadie compadece ni disculpa más que yo á los autores; viven donde ya son nada las glorias del ingenio y la imaginación, y donde el gran mérito en la composición de los libros está en amontonar á trompa y talega cuanto se ha leído sobre cuanto hay que leer. Una historia escrita con elocuencia y maravilloso artificio, cual la de *Mariana*, estoy por decir que sería hoy recibida en España con harta indiferencia. Los ojos de los españoles no son hoy lo que en vuestro siglo. Las edades estériles en buenos libros y en escritores grandes pierden del todo el discernimiento hasta en las bellezas más óbvias; esta esterilidad es el primer paso que dan

los pueblos hacia la barbarie, ó lo que es peor, hacia el pedantismo sofisticado y desatinado. Mientras en España no vuelva á cobrar vuelo el ingenio de modo que produzca en todas líneas libros admirables por la invención, disposición y elocuencia, me reiré de este bullicio afanado con que parece que hierve la sabiduría por todas partes, como deseosa de derramarse á borbotones. *Augusto*, *Leon X* y *Luis XIV* acalararon á los hombres de ingenio, y éstos fueron el instrumento de la cultura general. Los progresos de la sabiduría son sucesivos, nunca se ejecutan de un golpe, y la semilla que da origen á estos progresos ha sido en todos tiempos el fomento de las artes que enseñan deleitando; porque estas artes contienen la verdadera práctica del buen gusto.... — No hay duda (dijo entonces *Cervantes*): la propiedad en las obras es el primer paso de la cultura; propiedad en las palabras, propiedad en el estilo, propiedad en el método, orden ó artificio, propiedad en los ornatos, propiedad en los ratiocinios, propiedad en las sentencias, propiedad en la elección de materias; sin este cuidado, cuyo conocimiento se adquiere en el estudio de las artes instrumentales, que los griegos llamaban órganos, no hay, ni puede haber, obra tolerable. Donde se ignore esto, todo irá al revés ó se confundirá pedantescamente. La poesía dará á sus poemas semblantes monstruosos, trocándolos entre sí; la elocuencia admitirá cuantas extravagancias y caprichos sea capaz de producir la ignorancia de lo verdaderamente bello; la historia se escribirá á modo de disertación escolástica. Cada obra será un monstruoso compuesto de las propiedades de distintas especies de obras, y esto cuando no se componga de calidades absolutamente viciosas y ajenas de toda propiedad. Pocas cláusulas que leamos en esa historia, nos ofrecerán ejemplos muy propios para aclarar esta observación.... Y diciendo y haciendo, echó mano á un tomo, abrióle, y al querer leer, conoció que se había equivocado, tomando, en vez del que buscaba, un libro de sermones mal traducidos.... «¡Válgame el diablo por traductores (dijo, arrojando el libro y arrugando la frente), que no se han contentado con infestar las letras humanas, sino que se han atrevido á inficionar la santidad de los púlpitos! ¿Qué espíritu infernal ha metido en la cabeza á algunos de vuestros predicadores hacer hablar al Espíritu Santo en lenguaje semifrances? Predican la moda, no la virtud; y siendo así, ¿con qué cara osan reprendre la inconstante profanidad de la gente mundana? Estos infelices, estando obligados á reformar el siglo, se dejan llevar de la corriente de la corrupción; y aplicándose al oficio de persuadir, persuaden, ya que no pueden la verdad, la incapacidad propia. Sea enhorabuena excelente, alta, maravillosa la predicación de *Bossuet*, *Massillon*, *Bourdalone*, ¿qué obrará esto en el genio de un rudo y ocioso imitador? Desencajará de ellos cláusulas á bulto para remendar una oración mendiga; para trasladar el alma de las sentencias, copiará la juntura ó disposición misma de los periodos, y pensando hacer una oración de igual mérito que las que copia, formará un razonamiento bárbaro, desmayado, y tal vez monstruoso. No es otro el trabajo de estos traductores y de los oradores que los imitan. Creen que mejoran el gusto de la predicación, y corrompen, con la majestad y pureza de la lengua, la verdadera idea del arte de persuadir, el cual no se funda en copias serviles ó imitaciones mecánicas, sino en la aptitud y disposición del talento, en el estudio y ejercicio del bien hablar, en el íntimo conocimiento del hombre, en la ciencia de mover las pasiones que lo arrebatan á la parte que más conduce en la

grande habilidad de trastornar el interior humano y obligarle á amar lo que antes aborrecía ó aborrecer lo que antes amaba; y finalmente, en ser sabio en lo que es debido, circunstancia que creen tener todos y se ve en muy pocos. Saber imitar bien, es obra sólo de los grandes hombres. Para expresar la sublimidad de un *Homero*, es menester no ménos que la grandeza de un *Virgilio*. Solamente *Ciceron* podrá copiar dignamente á un *Demostenes*. El que no sepa por sí hacer cosas grandes, no espere imitar jamás grandemente. ¿Quién sino un *Velazquez* trasladará bien un lienzo de *Rafael*? Porque es cosa ciertísima que para delinear con perfección unas mismas figuras es menester una misma destreza. Muchos siglos há que se ha advertido que los entendimientos comunes, imposibilitados de percibir y penetrar los primores delicadísimos de las obras originales, cuando se ponen á imitar, imitan lo que está llano á la comprensión de los indoctos y rudos, es decir, los defectos, porque, en testimonio de la humana fragilidad, no hay obra de hombre, por bella y admirable que sea, en que no se tropiecen algunos, que perdoran los sabios y remedan los que no lo son. Pero esta advertencia, aunque repetida millones de veces, no logrará nunca su efecto ni fructificará; y es que los mismos que toman á su cargo la obligación de predicar la humildad no suelen pensar muy humildemente de sus entendimientos; así, cada uno aplica á su prójimo, y esto por caridad, la enmienda que debería ejecutar en sí; y se quedan todos con una estupidísima satisfacción de sí mismos, incitando de bonísima fe la compasión ó risa de los prudentes. Cuando hablo de esto salgo de mis casillas, no puedo reprimirme, porque....» Dióle aquí tos á *Cervantes*, paróse á escupir; y asiéndose *Arcadio* de este momento, «Vos, señor, dijo, pretendéis trasladaros á alguna república imaginaria. Yo estaba en la persuasión de que el formar estados de viento era bueno para ciertos varones sublimes, que han logrado cansarse admirablemente la mollera para escribir lo que ni es posible ni debido se ejecute. Verdad es que no acontece así en lo que decís, y ojalá se verificara ello tanto como es posible y como es debido. Pero en la práctica, ¿lo será? No á fe, mientras no arranquais el interés y la vanidad del pecho de los que suben al púlpito á declarar contra la vanidad y el interés.

»En tiempo de *Felipe IV* estaba en uso en los estrados, visitas y conversaciones un ente quimérico y extravagante, que bautizaban con nombre de *discreción*, no habiendo en el mundo cosa más indiscreta. Reduciase á salpicar la conversación de equivoquillos y antítesis afectadas, gastar gran cantidad de sentencias agudas con falsa novedad, que llamaban conceptos; envolver los pensamientos más claros en rodeos metafísicos, que los retirasen de la inteligencia obvia, y convirtiesen en adivinos á los oyentes; florear el estilo con metáforas y traslaciones muy ajenas y muy violentas, alusiones continuas, frases rodadas, y en fin, hacer de modo que, hablando muchísimo, no hubiese sustancia en el follaje pródigo con que se hablaba. Diéronse á entender entonces los predicadores que, para enseñar y mover al pueblo, sería más útil predicarle sermones sin substancia; y echando mano de la vana verbosidad, que se aplaudía en las concurrencias profanas, consiguieron, con grandísima fatiga del ingenio, perder el juicio para ostentarse elocuentes. Usábase, en vez de la verdad, agudezas falsas; en vez de las virtudes, equívocos y discreciones pueriles. El lenguaje del cielo, la voz de Dios, se aplicaba, no á confirmar enseñanzas altas y divinas, no á asegurar la tranquilidad en los justos y la aflicción eterna de los malva-

dos, sino al indecente juego de los conceptillos, que atraían la aclamación de un auditorio que iba tal vez á aprenderlos en los sermones para derramarlos después en las visitas de galanterías. Las costumbres han tomado otro rumbo, ó por mejor decir, otro precipicio; porque en este mundo las costumbres, vistáanse con esta ó con la otra apariencia, son siempre unas, es decir, ridículas y extravagantes en la mayor parte. Comunicáronse por los Pirineos un nuevo modo de saber; participaba éste de malo y de bueno, como todo lo que da de sí este magnífico animal que se llama hombre; pero como el vulgo literario está muchos años há en la posesión, y goza el privilegio de tomar únicamente lo malo que va mezclado con lo bueno, dejando la afectada discreción de la edad pasada, y la barbarie horrible en que paró al fin esta discreción, adoptó una barbarie indiscreta, que no mejoró, sino trocó sólo el semblante al vicio. La agudeza se ha convertido en frialdad, el ornato en desnudez, la sutileza en vulgaridad, la cultura de estilo en infacundia y desaseo, la sofistería en verdades de Pero-Grullo, las imágenes atrevidas en humildad servil, los vuelos insolentes en abatimientos, el exceso de invención en copias é imitaciones rateras, en suma, la demasia de elocuencia se ha mudado en penuria, pasando el abuso del extremo de la prodigalidad al de la miseria. — ¿Qué remedio á este mal? le dije, repitiendo unos versos que á este mismo propósito escribí en una ocasión en que me vinieron ganas de ser infeliz.

«La inevitable rueda
Del presuroso tiempo
No alienta de las artes
El abatido aspecto;
Y aunadas en su trono
Con varonil imperio,
No rigen por sí mismas
Sus pródigos efectos.
Siervo de los errores
El flaco entendimiento,
No ménos que á los suyos,
Servirá á los ajenos.
Veránle congajoso,
Con pasos macilentos,
Seguir triunfantes pompas
De nombres extranjeros.
Prisiones rigurosas
Encogerán su vuelo,
Que un tiempo traspasaba
Los espacios aéreos,
Cuando dando á sus alas
Ensanches sin recelo,
De la región inmensa
Penetró los secretos.
Entonces, á su arbitrio,
De sus acciones dueño,
Los dones registrando
Del Artífice eterno,
Fecundo en sus hallazgos
Y pródigo con ellos,
De doctas invenciones
Fertilizaba el suelo.
Primero de la esfera
Visitando los senos,
Siguió por sus carriles
Sus giros nunca inciertos.
Del ámbito anchuroso
Colocado en el centro,
Los mundos que en sí hospeda
Numeraba suspensos.
Así verdades tantas
Atesoró resuelto,
Cuanto la eterna mano
Le presentó portentos.
Con ellos á la tierra,
Más rico, descendiendo,
Que el pirata de Oriente,
Retorna al patrio suelo.

Tras sí las doctas artes
Condujo lisonjero,
No ménos á sus usos
Que á su delicia atento.
Desplegó la Siada (1)
Sus labios halagüeños,
Los ánimos feroces
Al cultivo atrayendo.
Por ella en pocos dias
Admirables talentos
Domaron blandamente
Embrutecidos pueblos;
Porque ni de la eruda
Protervia los esfuerzos,
Ni el tiránico enojo
De los vicios soberbios,
De la esforzada virgen
El inspirado aliento
Helaron con la injuria,
Cortaron con el miedo.
Tutora de los hombres,
Desbarató en sus pechos
El odio sanguinario,
Los torpes sentimientos,
Por fuerza á las virtudes
Restituyó su precio,
Trocando en reverencia
Bárbaros sacrilegios.
Y esto porque, gallarda,
Llevaba en sus empeños,
Para atraer la gracia,
Para vencer el nervio.

»Este género de elocuencia nativa procuraria yo renovar en una nacion cuando la viese necesitada de algunas mejoras en esta parte, cuidando sólo de examinar de qué modo los grandes oradores de todas las naciones trasladaron á la práctica las primitivas reglas que inspiraron la naturaleza y la necesidad. Los varones más elocuentes lo han sido por este camino; y no sólo en la oratoria, pero en todas las artes, es observacion constante y cierta que los que, siguiendo el impulso de su natural, dieron origen á algun género de composicion, se aventajaron de tal modo en él, que lograron hacerse inimitables, y consiguientemente únicos ó los mayores en la línea. Esto mismo acontece en una determinada arte cuando los entendimientos obran por sí ó por prevision ó por altanería generosa. Quien lea el libro de *Ciceron*, intitulado *Bruto*, hallará un buen número de oradores desemejantes entre sí; pero laudables los más de ellos en la diversidad misma de los caracteres de su elocuencia, aun cuando Roma se desdafiaba de ser discípula de Grecia. El arte, no la imitacion, es el que auxilia á la naturaleza, la encamina ó mejora.

»Mas ya que el giro de los siglos ha hecho que el presente sea en España el siglo del remedo, para contener la ruina que amenaza al arte infaliblemente, sería muy del caso que los remedadores entendiesen cuál es y en qué consiste la buena imitacion, y la practicasen uniendo á su estudio el de los preceptos fundamentales, porque sin éstos sería tan inútil la lectura de los buenos dechados como el examen del cuerpo humano al que no entendiese palabra de anatomía. Cosas distintas son la copia y la emulacion de las excelencias ajenas. El que copia es esclavo; el que emula es competidor. Así se aventajó *Platon* á *Cratilo*, así *Ciceron* á *Craso*, así *Virgilio* á *Hennio*, *Lucrecio* y *Hesiodo*. El copiante nunca sale de las huellas de su original, y por lo mismo nunca le debe su arte un paso más en su práctica. El émulo, ó llamémosle imitador, se pone al lado de aquellos á quienes desea emular, y siguiéndolos á la par por la

(1) *Suada*, diosa de la persuasion y de la elocuencia. (Nota del Colector.)

misma senda, tal vez los deja atras, ó por lo ménos procura no ser vencido en la carrera.

»Cierto es que requiere esto gran perspicacia, largo ejercicio, pertinaz estudio, meditacion profunda, erudicion vária y exquisita, circunstancias todas poco á propósito para que la predicacion fructifique con la celeridad sacrilega que apetecen muchos (haylos, por nuestros pecados) que toman por oficio tan sacrosanto ministerio. Pero ¿qué se perderá en que los prelados no fuesen prodigos en permitir el gran cargo sino á los que reconociesen dignos y muy dignos? Porque, segun mi modo de pensar, la religion no se descontentaria de que no abundase el número de los que hacen tráfico en los templos con una elocuencia que no influye en la mejora de las costumbres é influye muchísimo en el descrédito de las letras. Dadme talentos aptos, que prefieran la gloria de hacer bien á los intereses del mundo, y veréis prodigios. La imitacion será como debe, nadie se humillará á la servil ocupacion de copiante, la primera diligencia será buscar los medios para persuadir, no para salir de cualquier modo del paso; la esclavitud se convertirá en emulacion, no ya de expresar á un determinado orador, que esto es imposible, sino de recopilar en sí las perfecciones de los más excelentes de todas las naciones y siglos. La observacion y conocimiento de estas perfecciones allanará el modo de ejecutarlas, porque no está muy léjos de poder ejecutar lo bueno quien conoce su mecanismo y estructura; y la imitacion no consistirá en desflorar la superficie de las oraciones ajenas, trasladando de ellas una imagen aérea, semejante á las que decía *Epicuro* que se evaporan de los cuerpos, sino en tomar la eficacia en el probar del uno, la destreza del proponer en el otro, de éste la elocuencia y gallardía, de aquél la grata y robusta majestad, y á este tenor, sin atarse á lo que cada uno tuvo que decir en la ocasion, decir en la suya lo que convenga y como convenga.

»Entiendo, dijo *Cervantes*; distinguís bien el traslado de la imitacion. Estas voces suelen confundirse, pienso que para honestar los robos y hacerlos, no sólo disculpables, pero laudables. Decir en castellano lo que dijo otro en frances es propiamente trasladar, y con ser esto cosa tan fácil, rara vez se ejecuta sin desacierto. Una sentencia, un argumento, una reflexion fundan su mérito las más veces en el modo con que se colocan; y ¿cuántos copiantes conoceis vos dotados de bastante penetracion y estudio para distinguir y trasladar estas bellezas artificiales, en las cuales consiste mucha parte del mérito de los oradores? Entre éstos hay tambien algunos que son amables por sus defectos, cual sabemos que lo fué, y lo es aún, *Seneca* el filósofo. El copiante rudo, reputando por bueno todo lo que produce agrado, traslada á bulto y hace que comparezca del todo malo lo que en el original gustaba por la singularidad, por la viveza; por lo nuevo de la expresion ó por algun otro género de artificio poco ordinario. Á las vicios halagüeños de *Seneca*, mal copiados por la juventud romana, atribuye *Quintiliano*, no sé si con razon, la corrupcion y estrago de la elocuencia. Esto sucede siempre. El talento inferior no puede copiar del grande sino los defectos. La imitacion, segun vos la quereis, no trae consigo tantos peligros.

»Pero es más áspera y trabajosa, replicó *Arcadio*, y su desempeño no es obra de los entendimientos vulgares. Ya lo he dicho: para mí, la verdadera imitacion consiste en procurar adquirir las excelencias ajenas con los mismos medios y por el mismo camino que las consiguieron los poseedores de ellas. ¿Cuánto no se necesi-

ta sudar para conseguir esto? En primer lugar, la educacion ha de inspirar desde la edad pueril ideas rectas de las artes para que se entienda su uso y aplicacion. Separaria yo eternamente de algunas de las escuelas de España al que aspirase á la alabanza de la elocuencia. Las ideas que en ellas se toman de algunas artes son harto humildes, cuando no adulterinas. En vez de amaestrar á la juventud en hablar la lengua patria con propiedad, pureza y elegancia, la hacen hablar un latin bárbaro y pedantesco, con lo cual causan dos perjuicios gravísimos: uno, que ninguno de los que salen de las escuelas sepa explicar las ciencias y artes en buen castellano; y de ahí ha nacido, y nacerá siempre si no se remedia, aquel lenguaje afectado, estafalario y ridiculo que usan los profesores cuando se ven precisados á hacer uso de la lengua nativa. Cosa vergonzosa para los que se llaman sabios, hablar con ménos cultura que una mujer de mediana educacion. Otro, que el idioma nativo permanezca estéril y como mudo en la parte principal y más noble de su uso, que es la aplicacion y ensenanza de las artes y ciencias; por consiguiente, que no haya abundancia de libros doctos en la lengua patria y que en suplemento de estas faltas se nos enseñen las doctrinas en un latin bárbaro, bueno sólo para que las naciones cultas no lean ni una sola línea de nuestras obras, que tal vez contienen pensamientos excelentes entre la rudeza del estilo, como se está viendo con especialidad en los enormes volúmenes del vulgo de nuestros jurisprudenciosos; volúmenes muchos de ellos tan monstruosos, que sólo quien los haya hojeado puede conocer bien su monstruosidad increíble. ¿Quién, al ver esto, no dirá que en nuestras escuelas es el principal estatuto exterminar la elocuencia, tanto latina como española?

»Pues pasemos á la filosofía. Yo me acuerdo haber leído en un diálogo atribuido á *Tácito* que el conocimiento de los sistemas filosóficos es de grande auxilio al orador para la perfeccion del decir. ¿Quién ignora que los dos mayores oradores que ha habido en el mundo sacaron su facundia de los documentos de la Academia? Era sentencia recibida y comun que la majestad y alteza se adquiria en los libros de los platónicos; la invencion y nervio en los peripatéticos; y en los estóicos, si bien poco convenientes para la parte de la locucion, la sutileza en el disputar, por la suma travesura de su dialéctica. Ni los antiguos escritores eclesiásticos se desdafiaron de manosear los libros de los filósofos, no tanto á veces para contradecirlos, como para tomar de ellos sóbriamente el modo recto de contradecir y las demas artes que engrandecen el ánimo, le adornan é ilustran. ¿Cómo hubiera *Lactancio* impugnado tan elocuentemente la filosofía de *Ciceron*, sin haber antes estudiado muy de propósito la elocuencia de los libros filosóficos de *Ciceron*? Y ved aquí lo que no quieren acabar de entender nuestros oradores. Sus oficios son persuadir y mover, y creen candidísimamente que para ejercitarlos no hay necesidad de saber cómo se mueve y persuade. Aquello pende de la parte moral de la filosofía, esto de la lógica; y si les preguntais por los rudimentos de estas artes, sin las cuales estoy por decir que no hay verdadera racionalidad en los hombres, os responderán que allá, cuando eran muchachos, decoraron (1) algo de las *Sumulas*, de *Goulin*, y la moral en el prontuario de *Laraga*. Quien ignora los elementos, ¿cómo tendrá aquel gusto general de filosofía que dirige al entendimiento para discernir la verdad y la belleza en todo?

(1) *Decorar* está usado aquí en la acepcion de *aprender de coro ó de memoria*. (Nota del Colector.)

»No porque me satisfaga mucho esta rabia de filosofar, que logra hoy tanta aprobacion, más con desdoro que con lustre de la sabiduría. Porque la capacidad humana pierde tanto por no investigar como por querer investigarlo todo. Del primer modo, no alargándose á la línea de la racionalidad, permanece ruda y estúpida, y del segundo, por traspasar la línea, deja de ser racional y pára en delirante. Mas en el que se destina para orador, preferiria yo el exceso especulativo á la ignorancia total ó suma; y digo exceso especulativo, porque cuanto es útil la exploracion y conocimiento de la verdad y de la belleza para la práctica de todas las artes, es fastidiosa y ridicula la ostentacion afectada de la filosofía en las artes de imitacion, cuyo fin no es argumentar ni examinar secamente, sino pintar ó emular las obras de la naturaleza; razon que hace frigidísima para mí, muy cansada y muy árida, la moderna elocuencia de los franceses, al modo que lo eran para los romanos las declamaciones de *Albucio*, por su importuno é intempestivo filosofar. Un juicio recto templá la extremidad de estos abusos, cuando halla ocasion de fortalecer el ánimo con ejemplos ó documentos ilustres. Pero esta ocasion no hay que buscarla. En otras naciones saben ya hablar los profesores, si no bien del todo, no mal por lo ménos; acá disputan todavía entre sí sobre si es lícito, ó no, hablar bien. Cuánto influya esta tenacidad en la languidez y adormecimiento que se observa en los ingenios españoles, lo conocen bien los que saben cuán opuesto es el comun método de enseñar á la amenidad y gentileza de las artes. ¿Qué buen orador puede dar de sí aquella escolástica rigidez y seco desaliño, con que no ya se cultivan, sino se enmarañan, en nuestras escuelas las ciencias que se llaman mayores? Estudian lo que deben persuadir con un método repugnante á la persuasion. De las partes de la oratoria no sacan de allí sino lo perteneciente á la robustez y uso de la voz....»

¿Qué lástima que este razonamiento se interrumpiera! Causólo la llegada de un personaje respetablemente halagüeño, el cual al llamar conde, con grande admiracion mia de que pudiera haber gentes de título en un lugar donde no habia ocio y habia sabios. Supe despues que ademas de este conde, habitaban allí tambien unos cuatro ó cinco monarcas y algunos pocos príncipes y próceres, que, ó cultivaron las letras por sí, ó fomentaron sus adelantamientos.

El Conde, pues, se acercó á *Cervantes* para decirle que el funeral no podia efectuarse tan presto como se esperaba. Preguntándole *Cervantes* la causa de esta dilacion, respondió que entre el fenicio *Sanchoniaton* (1) y el vizcaíno *Larramendi* se habia levantado una gran disputa sobre cuál de las dos lenguas, fenicia ó vizcaína, habia de llevar la preferencia en el funeral; porque como éste se hacia á estilo romano, era preciso que fuesen llevadas delante del cadáver las imágenes de sus progenitores. Añadió que *Apolo* pasaria presto á la biblioteca á oír solemnemente las razones de ambos para resolver en justicia. Esta nueva nos arrancó de allí y dió con nosotros en la biblioteca, con el deseo de presenciar un acto tan solemne y de tan poca importancia, para que se vea que tambien en el santuario del buen gusto se tratan con pompa y empeño asuntos de estúpida futilidad.

Despues de atravesar un gran patio, en cuyo pavimento estaban amontonados desordenadamente algu-

(1) Historiador y jerofanta, de Tiro, que escribió, doce ó más siglos antes de Jesucristo, una *Historia fenicia* y un tratado de la *Física de Herón*. (Nota del Colector.)

nos millares de libros, entramos en la pieza principal de la librería, la cual es un salón, si no tan poblado de libros como yo me lo había figurado, por lo ménos tan capaz y espacioso, que aunque hablasen en él á un tiempo muchos corrillos de sabios de café y de escritores de mescolanzas, no se embarazarían, con tener estas gentes el dón gratuito de embarazarlo y confundirlo todo. No lo puedo negar; la contemplacion de aquel ámbito, donde vi estrechadas las fatigas más ilustres y recomendables de la naturaleza humana, derramó en mí un encogimiento, mezclado de veneracion, que me hizo inclinar la frente y levantar el espíritu á la contemplacion de la dignidad del hombre.

¡Oh de la humana gloria
Depósito inmortal! Altos desvelos,
Que emulan de los cielos
La fuerza inextinguible! Transitoria
La vida tu grandeza solemniza
Y labrando su muerte, se eterniza.
¡Del hombre quién no admira
La excelsa potestad! En trecho breve
Su mente ordena y mueve
Cuanto en lo inmenso del espacio gira;
Soles, planetas, mundos, al Dios mismo
Cifra en sus senos el mental abismo.
¡Su incertidumbre acusas,
Su ignorancia también, sofista injusto!
¡Por qué su sér augusto
En sus errores conocer rehusas,
Cuando á Dios le sondea sus secretos,
Y emula, si no acierta, sus decretos!

No he visto yo solicito enjambre de abejas más afanado en acudir á la fábrica de su miel, que lo estaba en el gran salón un buen número de personajes, codiciosamente ocupados en hojear libros y arrancar de ellos con severa impiedad hojas y cuadernos enteros. El fervor, silencio y embeleso con que atendían á su ocupacion era maravilla, y ofrecía un espectáculo verdaderamente extraño, del cual gozamos algunos momentos, sin atrevernos á interrumpirle, ni aún con nuestra conversacion recíproca, hasta que alteró aquel mudo afán un varón vestido de ropas doctorales, que habiendo acabado de leer, segun parecia, un libro que tenía en la mano, se resistía á colocarlo en los estantes de la biblioteca, por más que trabajaba para persuadirse un hombrón entonado, tieso, erguido, sobremanera toso en el hablar, y sumamente audaz, vano y jactancioso en sus expresiones.

« Señor mio, le decía el doctor, sin tener yo gran concepto de mi capacidad y letras, creo, no obstante, que habiéndome elegido *Apolo* para censor de los libros que deben admitirse, ó no, en este santuario de la sabiduría y del buen gusto, me hallo más capaz que vos para conocer lo que debe hacerse en tan árduo encargo. ¿Pensáis que aquí se censura como en algunas partes de Europa, donde va todo por contemplaciones y comparajes?—¿Y qué puede entender un doctor, le replicó, de estas materias, en que se reúnen el sentimiento y el tacto filosófico, en que se habla al corazón por el órgano de la sensibilidad, y en que se forma al hombre elocuente sobre el gusto de los grandes modelos y de la filosofía? Vos, cuyo traje gótico hace despertar las ideas de mos siglos nada luminosos ni interesantes; vos, digo yo, cuya barbarie escolástica no os hace capaz de ser herido del sentimiento, ni os conduce al espíritu de discusion que exigen la belleza y la filosofía para operar el bien de la humanidad, sois demasíadamente ciego de razon para que por vuestro solo sufragio haya de ser condenado un libro que lleva consigo un gran ca-

rácter.—¡Dios mio! exclamó el censor, entre risueño é indignado, ¡qué fatal algarabía es ésta á que me condenais sin merecerlo! Filósofo infernal, nacido, como otros menguados de tu infeliz patria, para convertir su literatura en un monstruo horrible. ¡Qué filosofía, qué sensibilidad, qué belleza y qué discusiones son éstas con que te me vienes! ¡Maldito lenguaje, introducido en España para imposibilitar los progresos de su saber! ¡Belleza, sensibilidad, filosofía, humanidad! Secreto profundo para que todo mentecato, todo hablador, todo mendigo de literatura casi francesa pueda ensartar necedades sin consuelo. Lo peor es que esta caterva de bachilleres á la moderna, á fuerza de repetir estas voces, buenas en sí y de profunda significacion, las han hecho ridiculas en tales términos, que un docto verdadero no puede usarlas ya sin peligro de dar que reír á los lectores de ciencia y prudencia.

«—¡Blasfemia acreedora á la indignacion de los *de- los espíritus*, exclamó el figuron con voz tan hueca, que retumbó por toda la bóveda de la sala. ¡Vos osais maldecir á la filosofía!—Sí, señor, maldigo y maldeciré de la filosofía que gastais vos y vuestros semejantes. La filosofía, señor don *Ridículo*, es la ciencia de la verdad y de la virtud. Y como la verdad es difícil de hallar, y la virtud no es fácil de practicar, la filosofía enseña á examinar y meditar mucho y á hablar poco; á obrar bien ántes de reprender en otros las malas obras. La filosofía es la perfeccion del entendimiento, y el insolente, el impostor, el jactancioso, el charlatán, no serán nunca filósofos hasta que hayan logrado persuadir al mundo que la insolencia, la impostura, la jactancia y el charlatanismo son los instrumentos que perfeccionan la mente humana. La filosofía es la perfeccion de la voluntad, y el maligno, el detractor, el envidioso, el delator, el malsin y el enemigo capital de las tareas ó felicidades ajenas no pueden pasar por filósofos sino entre sí mismos, y aún por eso son ellos los que se aplican á sí mismos este venerable renombre, desacreditado miserablemente por el abuso que han hecho de él tales sabandijas. La filosofía es la modestia, la decencia, la desconfianza, el decoro, la propiedad, el exámen profundo de las cosas, la larga y escrupulosa experiencia, la rectitud del raciocinio; todo esto y muchísimo más es la filosofía, sí, señor; y ¿hacia qué parte le caen estas prendas á estos pobretes que están pronunciando á cada momento y haciendo corcovos y aspavientos dignos del teatro de Italia, esta misera y desgraciada voz?

« En suma ahorremos de palabras. En este sitio no se consienten supercherías ni absurdos que no procedan de la fuerza extraordinaria de un talento grande é inimitable hasta en sus errores. No conozco al autor de este libro; y si le conociera, hubiera remitido su censura á otro de mis compañeros. Su objeto fué unir la filosofía con la elocuencia, y la parte filósofa la empieza á desempeñar levantando un montón de testimonios á los oradores de Grecia y Roma, y la parte oratoria la desempeña corrompiendo casi á cada cláusula el idioma en que escribe. Sin embargo, no me atrevo á resolver que este libro vaya á acompañar á los que se van amontonando en el patio para que sirvan á la construccion de la pira. Tomadle, por veces á España con él, y que le depositen allá en sus magníficas bibliotecas los filósofos que necesitan ripio para completar el diccionario filósofo-hispano-galo-ridículo.»

Y dejándole el libro en las manos, volvió las espaldas al fantasma, con lo que saliendo éste de la sala refunfuñando, se renovó la ocupacion que había cesado. ¡Oh, qué de hombres vi allí, que deshacían en pocos

momentos escritos en que se habían ocupado años! Allí *Ferreras*, refundiendo su historia, confesaba ingenuamente á *Mariana*, con quien consultaba sus correcciones, que su obra no era más que un esqueleto de hechos; y aún alargaba á tanto su desconfianza, que levantando á veces la pluma del papel, suspiraba y clamaba que no había en el ingenio ni natural para formar un bello y magnífico cuadro con los materiales mismos en cuya coleccion y eleccion había empleado tanto estudio.

« La historia, amigo mio, le decía *Mariana*, no consiste en referir hechos desenlazados, sino en retratar hombres, naciones y siglos. Las acciones de los hombres públicos están íntimamente enlazadas con el estado de los pueblos y de su república, y ved aquí el oficio de la historia, poner patentes estos enlaces y manifestar de qué modo el mayor número de los mortales es feliz ó infeliz por el modo de obrar del menor número. Á este grande objeto deben acompañar los lineamentos y coloridos correspondientes. Vuestra historia carece, no hay duda, de aquellas admirables calidades que aseguran la inmortalidad de los talentos; pero, aunque escasa en la parte del ingenio, es, no obstante, digna de particular estimacion, por la escrupulosidad, juicio y pulso con que procurasteis ajustar los hechos á la medida de la verdad, ó acercarlos á los límites de la mayor verisimilitud, no pasando por ninguna de las patrañas, ni aún de las preocupaciones nacionales, de las cuales son muy raros los que aciertan á desprenderse.

Apartó nuestra atencion de estos utilísimos documentos un veterano español, que á otro lado de la biblioteca comenzó á desgarrar cólicamente unos cuadernos que, al parecer, había estado leyendo hasta entónces. « Advertid, nos dijo *Cervantes*, que vais á hablar con el célebre *Cañizares*, el mejor escritor cómico de vuestro siglo....—¡Pesia á tall estaba diciendo cuando llegamos á él, ¡pesia á tal con el maldito arte, y á qué tiempo ha venido á desengañarme de mis desbarros! ¡Cuán desgraciado es el talento que sale á la luz del mundo cuando en su patria se hallan pervertidas las artes! Trabaja infatigablemente para hacerse glorioso, y tanto desvelo no le sirve sino para hacerle despreciable en la posteridad.—¡Con quién es tanta ira, señor teniente! (1), le dijo el Conde.—¡Con quién ha de ser, voto á Satanas, sino con la fatalidad de mi destino! Hallábame yo muy en la persuasion de que mis comedias hacían un papel medianamente honrado entre las que se tienen por buenas en las naciones cultas. Confirmábanme en esta vana credulidad los continuos aplausos que han logrado constantemente en las representaciones; remachaban el clavo de mi vanidad los elogios que han merecido á algunos varones habidos y reputados por sabios, no sólo en España, pero en Europa; y al fin y al cabo, habiéndome obligado, luego que vine aquí, á cotéjarlas con las de la docta antigüedad, y con la puntualidad de los preceptos que sirven para evitar los delirios en la composicion, he venido á conocer ¡pecador de mí que, habiendo yo nacido para aumentar el escaso número de las buenas comedias, por haber vivido en una edad estragada absolutamente en el conocimiento y práctica del buen gusto, no hice más que disparatar con seso y ganar nombre, de grande ingenio sí, pero de desatinado escritor.—Sin embargo, le dijo el Conde, debéis consolaros con que en la labor confusa de vuestros dramas engastais á veces ciertas escenas que

harán disculpables vuestros desaciertos; porque ellas fueron hijas de la grandeza de vuestro ingenio, y éstos procedieron de la oscuridad y depravacion del siglo en que florecisteis.—¡Ah señor! le replicó el despechado veterano; la resistencia que hacia mi vanidad á los desengaños de mi razon, ya instruida, me había ya sugerido ese lenitivo; que al fin soy hombre, y sobre hombre, escritor, en los cuales no sé qué fatal dominio tiene la altanería, que rara vez se resuelven á reconocer sus errores ó su ineptitud; pero es tal mi desgracia, que ni aún ha permitido ese flaco consuelo á los sinsabores de mi amor propio. Revolviendo este estante, donde se hallan colocadas varias obras concernientes al teatro de España, tropecé con este papel (y lo tomé de encima de la mesa), que estaba atado en un pequeño legajo de manuscritos; leílo, y fué tanta la cólera en que me encendí contra mí mismo, que hice pedazos cuantas comedias mías pude asir hasta que me interrumpisteis. Y para que veais que tengo razon, voy á léerosle, pues por su brevedad no os molestará y sus observaciones merecen ser meditadas con cuidado. Escuchad :

REFLEXIONES SOBRE EL TEATRO DE ESPAÑA.

« El teatro no puede ser mirado con indiferencia en cualquiera nacion donde se desee que el pueblo adquiera una instruccion que desvaste las ideas groseras de la educacion plebeya, y florezcan las artes de imitacion, que son las que ensalzan é immortalizan á las naciones y las hacen respetables en todos tiempos. No ha habido ni hay pueblo sabio, cuyos primeros pasos hacia la sabiduría no hayan empezado por la poesia dramática. Esta proposicion pareciera paradójica si no estuviera fundada en los testimonios más verídicos de la historia. *Aristóteles* no redujo á arte la poesia en Grecia hasta mucho despues que se vieron en los teatros de Atenas las inmortales obras de *Sófocles*, *Eurípides* y *Menandro*; *Plauto* y *Terencio* abrieron el camino á la cultura romana. El *Trissino*, *Ariosto*, *Maquiavello*, el *Tasso* y otros talentos sobresalientes, que hicieron tan célebre el siglo de *Leon X* (2), ofrecieron en el teatro á este benéfico pontífice la imagen de la antigua magnificencia griega, despues de siete siglos de tinieblas y de barbarie. Francia no empezó á ser sabia hasta despues que vio representar el *Cid*. Las artes que juntan el recreo á la utilidad son las que inspiran suavemente en los pueblos el conocimiento de lo mejor, y derraman y propagan el buen gusto de las doctrinas. Y entre estas artes es indisputable que es la principal la dramática, por ser como un centro ó punto de concurrencia en donde se unen todas las artes amenas para instruir y mejorar á los hombres con los halagos de la imitacion.

« No injustamente se ha disputado en España muchas veces sobre la licitud ó ilicitud del teatro. Para representar al pueblo y ofrecerle monstruosidades, vicios y groserías, ciertamente valdría más que no existiesen los teatros. El fin de éstos es enseñar y corregir deleitando, y en España se puede decir con verdad que su fin ha sido hasta aquí corromper deleitando, ó producir con la representacion un deleite bárbaro y escandaloso. ¿Qué importa que nuestros escritores dramáticos hayan sido eminentes poetas, hombres de fecunda y maravillosa invencion, si rara vez no nos han ofrecido sino grandes extravagancias, sostenidas con toda

(1) Llamo *Teniente* á Cañizares porque, en efecto, fué este ilustre autor dramático teniente de capitán de Caballos-Corazas. (Nota del Colector.)

(2) El *Tasso* no pertenece en verdad al siglo de *Leon X*. El *Tasso* nació 23 años despues de la muerte de aquel glorioso pontífice, ocurrida en 1521. No terminó su famoso poema *Jerusalenne liberata* hasta el año de 1575. (Nota del Colector.)

la pompa de la poesía, ó acciones y tramas indecorosas, animadas con la travesura de los lances y con la viveza elegante y rápida del diálogo, que hace agradable lo que presentado en su desnudez sería horrible? Se ven en nuestros dramas, pintados con el colorido más deleitable, las solicitudes más deshonestas, los engaños, los artificios, las perfidias, fugas de doncellas, escalamientos de casas nobles, resistencias á la justicia, duelos y desafíos temerarios fundados en un falso y ridículo pundonor, robos autorizados, violencias intentadas y ejecutadas, bufones insolentes, criados y criadas haciendo gala y ganancia de sus tercerías infames; y todo esto, no para hacerlo odioso, como debía ser, sino para embelesar á los espectadores, teniéndolos colgados de la suspensión de sus lances, hasta que al fin dos ó tres casamientos honestan los atrevimientos de los galanes y desenvolturas de las damas; quedando así sin el debido escarmiento las acciones viciosas, y los oyentes instruidos en el arte de galantear, sin miramiento al honor, á la justicia, ni al respeto que se merecen las costumbres públicas.

»No son ménos perversas, miradas á la luz del arte y de la razón, las comedias en que se introducen reyes, príncipes y personajes heroicos. En estos monstruos del arte teatral no parece sino que nuestros escritores han puesto todo su estudio en degradar el carácter de los héroes, no presentándolos jamás sino con las costumbres de los plebeyos más desenfrenados. ¿Qué utilidad puede dar de sí la representación pública de estas ficciones, en que no se trata de exponer el peligro de las grandezas humanas, pintando los funestos errores ó males á que está sujeto el poder, sino de convertir á las personas heroicas en otros tantos pisaverdes y damiselas, rondando calles, persiguiendo hermosuras, trazando estupro y adulterios, despachando billetes, buscando tercerías, y practicando cuanto dicta el desenfreno de la juventud á los que no conocen otra ley que su gusto? Así, no sin razón se echan ménos en estas tramas mezquinas y abatidas, caracteres, costumbres, propiedad, verosimilitud, moral, y las demás calidades que constituyen el verdadero mérito de los dramas. Nada de esto puede haber donde se arranca y desencana de su juicio la naturaleza de las personas y acciones. Porque creer que los reyes, príncipes y personas de alta dignidad no deben servir en la representación para más que para lo que podrían servir personas plebeyas ó galancillos particulares y simples ciudadanos, sería persuadirme que los estados son todos indiferentes, y unos mismos para los efectos del teatro, y que para dirigir la trama de un amor desatinado, tanto monta un don Juan como un rey de Chipre. Son innumerables las comedias nuestras en que los reyes y príncipes no hacen otro papel que el que pudieran hacer un don Luis, ó un don Diego, y en que las reinas y princesas no son más que unas Leonores y Violantes. Mudando los nombres y quitando las alusiones á la autoridad real, estas comedias pasarán por verdaderos dramas de los que llaman de capa y espada, porque entre éstos no hay más diferencia que la de los nombres de las personas. Hágase la prueba con la famosísima de *El desden con el desden* y con cuantas no van fundadas en algún hecho histórico. Los mismos lances, los mismos fines, los mismos pensamientos, las mismas bufonadas, la misma complicación de sucesos y de personas.

»El fin de la representación teatral ha sido, desde su mismo origen, corregir y enseñar. Los vicios del pueblo se corrigen haciéndolos ridículos; los de las personas altas con la atrocidad de los escarmientos ó con la

fatalidad inconstante de esto que se llama fortuna, siendo el principal objeto de este arte presentar ejemplos que obliguen á huir el vicio ó á fiarse poco de las grandezas. Si estos ejemplos no son pinturas ó retratos fieles de la vida, serán inútiles, vanos ó viciosos, porque lo imposible y lo raro no es aplicable á lo posible y común. De esta regla fundamental se derivan naturalmente cuantas comprende el arte de componer dramas. Éstos no son, ni deben ser, más que unas parábolas puestas en acción, ejemplos naturales de la vida humana, desengaños vivos que mejoren la sociedad, pintando con verosimilitud lo que pasa en ella realmente. Deben copiarse los genios, los designios, las inclinaciones, los pensamientos, los modos de obrar, y los efectos mismos que se experimentan en el trato, en los estados y en las ocupaciones de los hombres. Si no se hace así, el teatro no será más que lo que es hoy comunmente en España, una región imaginaria, donde, sin más objeto que embelesar y hacer reír de cualquier modo, se presentan indistintamente personas de todas clases y especies á recitar largos trozos de versos campanudos, á decir delirios y bufonadas, y á ejecutar acciones que ni aun pasarían por sueños si los contase un hombre enfermo. Los daños que resultan de aquí son tan visibles, que no hay ya quien no los conozca entre los que procuran cultivar algún tanto su entendimiento. El vulgo, adherido por costumbre á lo extravagante y extraordinariamente portentoso, ve con ceño las obras de los que saben retratar la simplicidad de la naturaleza. Los grandes talentos se retraen de la ocupación de escribir lo bueno, por no ponerse á riesgo de competir con los que proveen de farsas á la escena. Éstos, achacando sus delirios á la depravación del gusto popular, incapaces de imitar las excelencias de nuestros antiguos dramáticos, imitan y recargan sus defectos, llegando el trastorno á tal estado, que en las comedias que se han escrito para los teatros de medio siglo acá, ya no se ven sino absurdos, delirios y disparates enormes é intolerables, en que no hay ni sombra de las bellezas de *Lope ó Calderon*, y se ven acumulados cuantos sucesos y lances inverosímiles, violentos, prodigiosos y desatinados se hallan esparcidos en la multitud de aquellas comedias nuestras que pasan por más cargadas de despropósitos. En suma, en nuestro teatro ha sucedido lo que en todas las cosas humanas cuando llegan á cierto grado. Ingenios muy grandes, cuales lo fueron casi todos los dramáticos de los dos siglos anteriores, descargándose de todas las rigideces del arte, y extraviándose del camino recto de la imitación, alma de la poesía, escribieron dramas que, en medio de su desarreglo, contenían escenas, situaciones y lances excelentes. Su estilo, cuando no querían remontarse, era elegante, puro, halagüeño, suave, rápido, armonioso; muchas veces pintaron admirablemente caracteres y costumbres muy vivas y muy propias; hay comedias suyas que no deben nada á las más célebres de las extranjeras. Pasó la época de estos grandes hombres; hicieron amables sus defectos, porque tal es el privilegio de los entendimientos superiores. Vinieron después de ellos copleros míseros, que continuaron la depravación, aumentándola cada vez más, creyendo desatinadamente que en ella consistía la belleza dramática. Acabóse del todo la raza de los ingenios eminentes, que á sus vicios juntaban bellezas originales; y quedaron por sucesores suyos los que no pueden más que imitar los vicios; siguiéndose de aquí que el teatro haya llegado al último extremo de depravación, viéndose en él sólo delirios y ninguna belleza....

»¿Qué os parece?—Paréceme, dijo *Cervantes*, que si nos atenemos á los dramas que con título de nuevos han parecido estos últimos años sobre los teatros de España, es menester creer que allí se tiene en igual estimación una farsa estafalaria y una acción propia y bien conducida. Mientras no aparezca un talento tan grande como el de *Calderon*, que juntando la regularidad á las bellezas de la imaginación, se apodere de la opinión pública y ponga en descrédito los absurdos, las cosas permanecerán en el mismo estado de depravación y ruina; porque el arte por sí no basta para producir obras excelentes, y al contrario, hacen grandísimo perjuicio á los progresos del buen gusto aquellos entendimientos secos, lánguidos y frios, que no pueden dar de sí más que la observancia de los preceptos; porque esa observancia por sí sola no forma más que cadáveres, y el pueblo quiere más ver un monstruo vivo, alegre y jugueton, que un cadáver pálido y postrado, por más que conserve la regularidad correspondiente á su naturaleza. Una rosa marchita conserva la figura de rosa; en cualquiera planta sucede lo mismo. Pero, despojadas de sus colores, de su fragancia, de su lozanía, de su espíritu y viveza, las plantas más bien figuradas dejan de ser agradables, porque los sentidos no hallan ya en ellas ni uso ni deleite. Con el arte se formará una estafua muy correcta, pero muy muerta; será propiamente una piedra en figura humana. No es esto lo que se estima, porque para hacer esto bastan manos y reglas. Lo que sólo se pide á un escultor es que inspire vida á los mármoles, que dé aliento á los troncos, que sea antes del alma que de la mano su habilidad. Vos, amigo mío, labrásteis monstruos, pero monstruos muy agradables y muy llenos de vida, y ved aquí por qué el pueblo prefiere vuestra vivísima irregularidad á la regularidad cadavérica de algunos de los que hoy se jactan de reformadores.—Sin embargo, replicó *Cañizares*, nadie debe obstinarse en defender que lo malo es bueno. Voy á seguir en el exámen de mis comedias, y creed que no me desdeñaré en corregir ó borrar en ellas cuanto me parezca ajeno de la perfección que pide este género de obras. Méno décil se manifestaba en una mesa inmediata un varón despierto de acciones y entonado de frente, que revolviendo, ya un tomo, ya otro, de doce ó trece que traía entre manos, con dificultad se resolvía á aligerarlos á imitación de los demás. Notólo el Conde, y díjole con franqueza de poderoso: «Acábase de resolver, reverendísimo, y reconozca que no están ya sus obras en parte donde prohiban el impugnarlas. ¿Qué detención es ésa? Mide este tiempo por el de sus aplausos? La posteridad docta condena ya en él muchas cosas que celebró en sus días la parcialidad. Sus dos tomos de correcciones corrigieron citas y equivocaciones en las noticias; y siendo en los escritos lo ménos útil la erudición, dejó intactas las ideas falsas ó diminutas de las artes y asuntos científicos en que tropezó, parte por amor á la novedad, y parte por la calidad de los tiempos.»

Sonrojóse el reverendo, é inclinando la frente, atendió con más solicitud á la enmienda de sus discursos. *Feijóo*, nos dijo el Conde, que es este á quien he hablado, impugnó en muchos lugares de sus obras, en vez de errores, verdades comunes, y en lugar de ellas quiso introducir sus errores particulares. Cuando vino aquí hubo muchos trabajos para que Apolo le perdonase los enormes absurdos que dejó impresos en materias de poética, oratoria y métodos antiguos. *Quintiliano* y *Herennio* (1) le abrieron la guerra, comenzando á zum-

(1) FORNER cita aquí á *Herennio* por *Ciceron*. Aun no se ha pues-

barse de su latin. Dábanle una vaya cruel, porque, siendo tan infeliz en el uso de esta lengua, y conociéndose en sus escritos que no había saludado cuanto la antigüedad docta nos dejó para el estudio y ejercicio de la elocuencia artificial, ó, lo que es lo mismo, de la facundia natural, ayudada del arte, pronunció contra éste un discurso falso, pueril, no por otro motivo, sino porque *Feijóo* creía de sí mismo ser elocuente sin haber estudiado el arte; como si, aunque esto fuese verdad, pudiera trasladarse á todos el ejemplo de uno, siendo tan varios y tan desiguales los talentos humanos. Probábasele que los principios de todas las artes están envueltos en la constitución del hombre, y que si por esto no hubieran de suplicarse auxilios á la influencia natural, vanamente se cansarían los poetas en estudiar los preceptos de los poetas, puesto que la inclinación inspira la formación de los versos igualmente á un *Garcilaso* que á un *Montoro*; vanamente los músicos en la admirable mecánica de la armonía, puesto que cualquier gañán sabe naturalmente combinar sonidos; y vanamente los filósofos en observar y establecer las reglas lógicas que dirigen al entendimiento en la averiguación y exposición de la verdad, puesto que no hay barbero ni escritor periódico que no ratiocine bien á veces, sin lógica artificial ni cosa que lo valga. Declábasele que estos auxilios artificiales son los que ponen á la antigüedad sábia muchos escalones más arriba del mérito de los modernos, por haber abierto así el camino á la investigación de las cosas y facilitando las operaciones del entendimiento humano en los fines que se propone ó le inclinan; y esto no porque el entendimiento tenga necesidad de tales auxilios para ejercitar sus operaciones, sino para ejercitarlas bien; esto es, de tal modo, que con facilidad y seguridad proceda en el discurso de lo que ejecute. De ahí el origen de la aritmética, de ahí el de la geometría, de ahí el de la retórica, el de la poética, el de la música, y de ahí el de las artes analítica y tópica del grande *Aristóteles*; artes despreciadas soberbiamente por algunos modernos, que en su lugar nos han dado una confusa miscelánea, con nombre de lógica, en que de todo se trata ménos de facilitar el recto uso de las operaciones mentales. Y es lo más gracioso, que estos modernísimos Zóilos de los venerables inventores de las ciencias que hoy poseemos, colman de pomposos elogios el *Nuevo Organon* del canciller *Bacon*, y son de discernimiento tan perspicaz, que, detestando fieramente los *Tópicos* del viejo *Estagira*, no echan de ver que el tal *Nuevo Organon* no es más que un arte tópico particular ó un agregado de lugares comunes, que señalan las sendas por donde se debe ir al exámen de la naturaleza, así como la *Tópica de Aristóteles* es un conjunto de notas ó asientos generales para hallar pruebas en la confirmación de los argumentos, donde no tiene cabida la demostración evidente, y que si aquel buen viejo no se hubiera tomado el trabajo de inventar el artificio y uso de los tópicos, es muy probable que no existiese hoy este *Nuevo Organon*, que tanto ruido ha hecho (2). Para convencerle prácticamente de la verdad de estas reflexiones, se pusieron muy de propósito á examinar el estilo del *Teatro crítico*, donde su autor quiso principalmente explicarse con elocuencia. La primera cosa que con-

to en claro quién sea este *Herennio*, á quien el gran orador romano dedicó algunas de sus obras. (Nota del Colector.)

(2) Sabido es que *Aristóteles* tituló *Organon* el conjunto de sus tratados de lógica; y que el gran canciller *Bacon* se propuso en su *Novum Organum* sustituir una nueva lógica á la antigua del gran filósofo de Macedonia. (Id. id.)